

El encuentro como respuesta a la crisis de sentido. La propuesta de Joseph Ratzinger

*The encounter in response to the crisis of meaning.
Joseph Ratzinger's proposal*

ELENA ÁLVAREZ*

Resumen: La sociedad secularizada y tecnológica en la que vivimos acusa desde hace décadas una crisis de sentido, que hace difícil que el ser humano encuentre respuestas a las preguntas fundamentales de la existencia. En ocasiones, le sume en costumbres sustitutivas de la religión que son igualmente perjudiciales. Este estudio aborda el problema desde la revisión bibliográfica de algunos textos de Joseph Ratzinger, tanto en su etapa de teólogo, como en cuanto Papa Benedicto XVI. Al hilo de sus reflexiones, puede afirmarse que se trata de un problema persistente, no solo en el pensamiento del autor, sino en el conjunto de la sociedad. Y se vuelve a proponer la búsqueda de un encuentro con la fe, que parte de la índole relacional del ser humano, como vía de salida de la crisis, o como un nuevo descubrimiento del sentido de la vida humana.

Palabras-clave: Sentido. Verdad. Religión. Amor. Secularización. Técnica.

Abstract: The secularized and technological society in which we live in, for decades, has suffered from a crisis of meaning, which makes it difficult for human beings to find answers to the fundamental questions of existence. At times, it plunges you into substitute customs for religion that are equally harmful. This study addresses the problem based on the bibliographic review of some texts by Joseph Ratzinger, both in his stage as theologian, and as Pope Benedict XVI. According to his reflections, it can be said that it is a persistent problem, not only in the author's thought, but in society as a whole. Once more the need of an encounter with the faith is proposed. This

* Elena Álvarez é Doutora em Teologia pela Pontifícia Università della Santa Croce e professora da Universidad Internacional de La Rioja. Contato: elena.alvarez@unir.net.

is grounded in the relational nature of the human being, as a way out of the crisis, or as a new discovery of the meaning of human life.

Keywords: Sense. Truth. Religion. Love. Secularization. Technique.

En una recolección de artículos y conferencias publicada en 1992 bajo el título *Una mirada a Europa*, el cardenal Ratzinger señalaba que el mundo occidental, tras el largo proceso de secularización, vivía un momento de crisis de sentido, cuya interpretación depende de la comprensión moral de la situación. El cardenal apuntaba a tres manifestaciones (RATZINGER, 1992, p. 37-39):

1. El consumo de drogas: es signo de un vacío existencial, que a su vez produce un deseo de evasión, y una necesidad de llenarlo por cualquier medio, aunque nocivo para la salud.
2. La amenaza del terrorismo: surge de una confianza en el futuro inmanentizada, que conduce a identificar el bien con lo que contribuye al desarrollo de un futuro mejor, aunque se obtenga por el recurso a la violencia.
3. La aparición de una nueva religiosidad, interpretada como bien de consumo: se trata de un signo positivo, aunque el cardenal también advertía del peligro de reducir el hecho religioso a uno de los muchos bienes que adquirir, porque estos no pueden llenar las aspiraciones espirituales del ser humano.

La raíz de estos problemas, según Ratzinger, se encuentra en la reducción de la razón a la dimensión técnica, que domina desde Hume en la cultura occidental. Como consecuencia, una de las constantes de su pensamiento en el diálogo con el mundo secularizado es la necesidad de recuperar el razonamiento moral no solo para el ámbito privado – donde se ha admitido pacíficamente –, sino también en la esfera pública. Para ello, es necesario dialogar también sobre la aportación que la religión en general, y el cristianismo en particular, puede ofrecer a la vida humana.

Unos años después, en su famosa intervención en la Sorbona, Ratzinger aludía con una parábola a la renuncia humana a la pretensión de verdad. Se dice que un elefante solo puede ser observado parcialmente; cada uno de los sujetos observantes conoce al animal realmente, pero ninguno lo conoce por completo. Con esta pretensión, cada elemento de verdad descubierto por cada uno de los sujetos se puede considerar complementario de los demás. Pero Ratzinger advierte un peligro, y es que el ser humano necesita una captación global del sentido. Por eso, desde el comienzo de su existencia, se ha preguntado por la trascendencia (RATZINGER, 1999).

1 La persona y su sentido

La cuestión a la que nos enfrentamos es de naturaleza filosófica, al tratarse de determinar si puede haber una respuesta satisfactoria a las preguntas del ser humano. No obstante, Ratzinger entiende que el saber filosófico integra, junto a la dimensión teórica más conocida, también una vertiente práctica dotada de la misma relevancia:

No se entendía únicamente con ello la filosofía como una disciplina académica de naturaleza meramente teórica, sino también y sobre todo, en el plano práctico, como el arte de vivir y de morir justamente, un arte que, empero, solo se logra a la luz de la verdad (RATZINGER, 1999).

¿Qué se entiende por “persona”, en la comprensión de Ratzinger? Principalmente, esta noción deriva de la matriz profundamente religiosa, teológica, de este pensador. Su primera fuente es el libro del Génesis, desde cuyo comienzo el ser personal aparece como ser social y abierto a la comunión, con otras personas humanas y con su Creador (BLANCO SARTO, 2011, p. 133-134). Persona es, ante todo, el ser relacional que se sitúa ante Dios y ante los demás.

También hay ecos, en esta concepción de la persona, del personalismo, con la que Ratzinger entronca a través de su gran maestro, Romano Guardini (1995, p. 155). Por otra parte, hay una proximidad en sus planteamientos con los filósofos del diálogo, y principalmente con Martin Buber (1967, p. 149-150). Para todos estos autores, el ser personal solo es comprensible si se define como un ser en diálogo, que se realiza a sí mismo en el encuentro con un tú. Y en la noción de “tú” incluyen, sin duda, a los demás seres humanos, pero también a la relación trascendente con un Tú trascendente, origen y fundamento de la propia existencia:

El concepto de persona expresa, desde su origen, la idea de diálogo. Se refiere a Dios como un ser que vive en la palabra y se mantiene en ella como un “yo” y un “tú” y un “nosotros”. Este conocimiento de lo que es Dios ha hecho conocer al hombre su propia esencia (RATZINGER, 1976, p. 169).

Hay en esta afirmación de Ratzinger un eco cercano de la obra de Guardini, que interpretaba a la persona como un ser situado en el mundo, responsable de él, y sobre todo en relación existencial con quien es dueño de ese mundo, con el Creador. Como señala el título de una de las obras del teólogo ítalo-alemán, para conocer al ser humano en toda su profundidad, es preciso conocer en primer lugar a su Creador (GUARDINI, 1995). Desde esta perspectiva, se entiende que para Ratzinger el individualismo secularizado,

imperante en nuestros días, comporte el riesgo de una pérdida del sentido de la vida en la persona, a la que es necesario encontrar una respuesta.

Los planteamientos de Ratzinger también se hacen eco de la filosofía existencialista es el reclamo a reflexionar en profundidad sobre la vida cotidiana y sus circunstancias. Así lo manifiesta, por ejemplo, Heidegger, en su opúsculo sobre la serenidad, donde invita a detenerse y a reflexionar sobre uno mismo y a adoptar un punto de vista meditativo, en relación con las realidades cotidianas (HEIDEGGER, 2001). En medio de la prisa, es posible pensar, y es un deber hacerlo, porque de ello depende encontrar los fundamentos de la existencia. En la misma línea de pensamiento, las reflexiones de Ratzinger invitan a considerar detenidamente la existencia humana, necesitada de una explicación sobre sus fundamentos y finalidad. Es entonces cuando la cuestión de Dios se presenta bajo diversas formas, pero siempre como realidad vital y decisiva, que impide de que se trate de una dimensión meramente teórica. Al contrario, el futuro Papa Benedicto XVI entiende desde muy pronto que la verdad es una noción amplia y vital, que incluye una importante dimensión personal:

La cuestión de la Verdad y de lo Absoluto – la cuestión de Dios – no es una investigación abstracta, alejada de la realidad cotidiana, sino que es la pregunta crucial, de la que depende radicalmente el descubrimiento del sentido del mundo y de la vida (BENEDICTO XVI, 2011b).

2 Qué es la crisis de sentido

El Señor, cuando ruega al Padre que todos sean uno, como nosotros también somos uno (Jn17,21-22), abriendo perspectivas cerradas a la razón humana, sugiere una cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad. Esta semejanza demuestra que el hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás (CONCILIO VATICANO II, 1966, n. 24).

Desde el punto de vista filosófico, la situación actual es una nueva manifestación de una condición humana fundamental. La filosofía y la teología han detectado la presencia de una dicotomía en el ser humano, que le convierte en un enigma para sí mismo y que ha sido descrita con acentos dramáticos por Pascal, que describía al ser humano como una quimera y una paradoja:

¿Qué quimera es, pues, el hombre? ¡Qué novedad, qué monstruo, qué caos, qué sujeto de contradicción, qué prodigio! Juez de todas las cosas, imbécil gusano, depositario de la verdad, cloaca de incertidumbre y de

error, gloria y excelencia del universo [...] Reconoced, pues, soberbios, qué paradoja sois para vosotros mismos. Humillaos, razón impotente; callad, naturaleza imbécil: sabed que el hombre supera infinitamente al hombre y escuchad de vuestro maestro vuestra verdadera condición, que ignoraís. Escuchad a Dios (PASCAL, 1670, n. 434; cf. 430).

Esta difícil condición humana consiste en la presencia, por un lado, de unos deseos insaciables de felicidad, bondad y amor, y belleza; y, por otro, de la experiencia continuada de la limitación de esos anhelos, y que él mismo es a veces fuente de tristeza, maldad y odio, y fealdad, en sí mismo o en los demás. Es decir, anhela la infinitud, pero cada día constata su limitación física y moral, el dolor, la muerte y la culpa. Otras palabras intemporales expresan bien esta condición dividida entre dos polos:

No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí (Rm 7, 19-21).

La experiencia recibe el nombre de “crisis de sentido”: el ser humano no encuentra en el mundo que le rodea, ni en sí mismo, la respuesta a esta dicotomía, porque todo está penetrado por la misma limitación. Como también señalaba Pascal, una posibilidad es la distracción (PASCAL 1670, n. 139). Nuestra cultura contemporánea la propone con la búsqueda de placer hasta el extremo del consumo de droga: ante el malestar vital, se opta por buscar un bienestar sensual y artificial. La cultura de consumo ofrece también otra: la facilidad para evadirse en la vida de otros, los que “habitan” en el mundo del espectáculo o en las redes sociales. Ninguna de las dos propuestas responde verdaderamente a la pregunta, solo aplaza el interrogante.

En realidad, la pregunta por el mal, o por el valor y sentido de esta vida limitada, apunta al interrogante sobre un ser superior y perfecto, capaz de dar soporte a nuestras aspiraciones, y orientación a nuestras decisiones. En la búsqueda de un sentido confluyen la filosofía y la teología. La primera se entiende como una respuesta a una realidad que interroga por sí misma, por su existencia y desarrollo, y que pide la intervención de la razón. También la actitud religiosa tiene carácter de respuesta, pero con matices más personales, porque presupone la irrupción de un mensaje de llamada en clave personal, procedente de un ser que se presenta como superior.

Joseph Ratzinger, como teólogo y como Papa Benedicto XVI, ha reflexionado detenidamente sobre la necesidad de sentido en el hombre y la mujer actual, en el marco de su interpretación de los grandes temas de Dios, el mundo y el hombre, a la luz de la Revelación cristiana y con atención concreta al tiempo presente. Uno de los hilos conductores de su trabajo intelectual ha

sido la insistencia en que el hombre contemporáneo, inmerso en la abundancia de bienes, sigue necesitado de sentido, y que puede encontrarlo en la Persona intemporal de Jesús de Nazaret. Así, en la interpretación de Ratzinger, el sentido no consiste principalmente en una teoría, ni en una moral (aunque incluye ambas), sino en un encuentro permeado por el amor. En este punto radica la novedad de su aportación, tanto al cristianismo como a la noción metafísica de verdad, y al conjunto de la sociedad.

3 Crítica de Ratzinger a la cultura postmoderna y crisis de sentido

Desde que era un teólogo joven, Ratzinger ha identificado como una de las características principales del paradigma moderno la profunda confianza en la ciencia, que desplazó a las antiguas creencias religiosas en un “proceso de secularización”. Puede hablarse de un traslado de las antiguas esperanzas a otras nuevas, inmanentes, fundadas en el poder de la ciencia y su extensión a la tecnología, que proporciona instrumentos de comodidad y bienestar, sin duda mejorando la calidad de vida. El problema de esta tendencia es que pide a la ciencia que aporte respuestas a cuestiones que se encuentran fuera de su alcance. La síntesis de su pensamiento está bien expresada en un discurso a los representantes del mundo científico:

La ciencia, aunque es generosa, da solo lo que puede dar. El hombre no puede poner en la ciencia y en la tecnología una confianza tan radical e incondicional como para creer que el progreso de la ciencia y la tecnología puede explicarlo todo y satisfacer plenamente sus necesidades existenciales y espirituales. La ciencia no puede sustituir a la filosofía y a la revelación, dando una respuesta exhaustiva a las cuestiones fundamentales del hombre, como las que atañen al sentido de la vida y la muerte, a los valores últimos y a la naturaleza del progreso (BENEDICTO XVI, 2006b).

Hay un error de principio en el planteamiento, que consiste en poner expectativas demasiado elevadas sobre un aspecto parcial. Esto no supone una negación del valor positivo de la ciencia y del progreso científico: al contrario, Ratzinger ha señalado sin temor los beneficios de este desarrollo para la mejora de la calidad de vida o la disminución y alivio del dolor. El problema está en que la realidad es más amplia que la experiencia fenoménica, por lo que la extrapolación del método científico a otros ámbitos es un reduccionismo que desemboca en el fracaso. En concreto, la ciencia no es capaz de responder a la pregunta sobre el fin de la vida, porque eso se sitúa más allá de la dimensión fenoménica.

El mismo argumento se puede extender a la civilización consumista, que el Pontífice emérito delimita en función de tres grandes coordenadas:

el imperio de la imagen, el individualismo y la globalización. En otro discurso, dirigido a los representantes del mundo de la cultura, señala:

La cultura de la imagen [...] impone modelos e impulsos contradictorios, negando en la práctica a Dios: ya no hay necesidad de Dios, de pensar en Él y de volver a Él. Además, la mentalidad hedonista y consumista predominante favorece [...] una tendencia hacia la superficialidad y un egocentrismo que daña la vida eclesial.

La “muerte de Dios”, anunciada por tantos intelectuales en los decenios pasados, cede el paso a un estéril culto al individuo. En este contexto espiritual, existe el peligro de caer en una atrofia espiritual y en un vacío del corazón, caracterizados a veces por sucedáneos de pertenencia religiosa y de vago espiritualismo. Es sumamente urgente reaccionar ante esa tendencia mediante la referencia a los grandes valores de la existencia, que dan sentido a la vida y pueden colmar la inquietud del corazón humano en busca de la felicidad: la dignidad de la persona humana y su libertad, la igualdad entre todos los hombres, el sentido de la vida, de la muerte y de lo que nos espera después de la conclusión de la existencia terrena (RATZINGER, 2008a).

Aunque las reflexiones se refieren directa y explícitamente a la Iglesia, su significado es extensible a personas de todas las condiciones y creencias. El peligro de la superficialidad y del egocentrismo aparece como consecuencia de tres factores interrelacionados. El primero de ellos es la cultura de la imagen, que otorga primacía a lo que uno aparenta ser frente a lo que realmente es. Por ejemplo, exige que los individuos aparenten vivir con paz y felicidad, pero se preocupa menos porque sean realmente buenos y gocen de paz consigo mismos.

El segundo factor es la mentalidad hedonista, en la que prima la búsqueda del placer y de una belleza esteticista, más aparente que real. Pero lleva consigo su propio drama, puesto que convierte a las personas en esclavas de operaciones y tratamientos costosos (tanto en dinero como en esfuerzo) sin lograr con ello una mejora paralela del bienestar, sobre todo espiritual. A ella se suma la facilidad de considerar a otra persona solamente como instrumento de placer, empobreciéndola en su dignidad, por ejemplo, en el caso de la pornografía.

El tercer factor es el consumismo, que genera la ilusión de que existe un producto capaz de remediar cualquier preocupación o limitación. En otros términos, todo mal se puede solucionar con una compra. Este principio es aplicable a las mejoras técnicas capaces de superar nuestras limitaciones físicas, pero no puede extenderse a las espirituales. Por ejemplo, el mercado tenderá a proclamar que la visita a un centro comercial, y la compra de regalos, es capaz de suplir la falta de un tiempo de calidad dedicado a la familia.

Cualquiera de estas coordenadas forma parte, en definitiva, de un culto al individuo. Este se presenta como un desarrollo típico de la mentalidad moderna, que reivindicó el poder y la autonomía del individuo en su singularidad personal. El problema actual es que la absolutización de ese principio atomiza la sociedad, porque hace imposibles las relaciones interpersonales de cualquier tipo, y necesariamente recluye a la persona en la soledad.

A este respecto, la crítica de Benedicto XVI no se dirige a los principios ilustrados en cuanto tales, sino a su formulación extrema. Por ello, señala repetidas veces, entre ellas en el texto citado, que el corazón está hecho para el encuentro y no se satisface con la abundancia de bienes, o con formas de espiritualismo cerradas a uno mismo. Son expresivas, a este respecto, las palabras dirigidas a los jóvenes y especialmente a las inquietudes de los no creyentes:

A menudo la religión se convierte casi en un producto de consumo. Se escoge aquello que agrada, y algunos saben también sacarle provecho. Pero la religión buscada “a la medida de cada uno” a la postre no nos ayuda. Es cómoda, pero en el momento de crisis nos abandona a nuestra suerte (BENEDICTO XVI, 2005b).

La situación descrita en el texto es una extensión de la mentalidad consumista, que tiende a reducir la realidad a la suma de necesidades particulares. Cuando no existe inquietud religiosa, ofrece el diseño de una solución a medida, en la forma propia del mercado, sin compromiso y sin esfuerzo. El fenómeno es comprensible, pero el Papa alemán señala su insuficiencia. El resultado es una empobrecedora sensación de vacío espiritual, de ausencia de un sentido en la vida, que desemboca en la infelicidad: cuando el individuo no encuentra respuesta a una dificultad, su religiosidad a medida le deja solo. En este contexto, el pensamiento de que Dios es innecesario cuando las necesidades personales están cubiertas se presenta como una gran falacia: sin resolver la cuestión de su existencia y su ser, queda abierta la necesidad más básica, aunque inmaterial, que es encontrar un sentido para la propia existencia.

Un último factor, determinante en la cosmovisión actual, es la globalización, entendida como un proceso irreversible de interrelación del todo del mundo, como un conjunto, y de cada una de sus partes. Este nuevo desarrollo está apoyado por la técnica, que es el instrumento que hace posible la superación de las distancias físicas y genera una mayor fluidez en las comunicaciones. El peligro que señala Benedicto XVI en su principal texto social, es que la globalización puede convertirse en una ideología tecnocrática, que reduzca el problema del sentido a las soluciones que puede generar la propia humanidad, y el desarrollo a la ejecución de técnicas. A este planteamiento subyace, una vez más, una concepción materialista, que

ignora los aspectos específicamente humanos – es decir, espirituales –, de todo desarrollo. Para llegar a esto, indica el Pontífice, es necesario considerar la libertad como característica primordial de la persona, y los valores éticos como fuente de sentido y de progreso:

El proceso de globalización podría sustituir las ideologías por la técnica, transformándose ella misma en un poder ideológico, que expondría a la humanidad al riesgo de encontrarse encerrada dentro de un *a priori* del cual no podría salir para encontrar el ser y la verdad. En ese caso, cada uno de nosotros conocería, evaluaría y decidiría los aspectos de su vida desde un horizonte cultural tecnocrático, al que perteneceríamos estructuralmente, sin poder encontrar jamás un sentido que no sea producido por nosotros mismos. [...]. Pero cuando el único criterio de verdad es la eficiencia y la utilidad, se niega automáticamente el desarrollo. En efecto, el verdadero desarrollo no consiste principalmente en hacer. La clave del desarrollo está en una inteligencia capaz de entender la técnica y de captar el significado plenamente humano del quehacer del hombre, según el horizonte de sentido de la persona considerada en la globalidad de su ser. [...] La técnica atrae fuertemente al hombre, porque lo rescata de las limitaciones físicas y le amplía el horizonte. Pero *la libertad humana es ella misma sólo cuando responde a esta atracción de la técnica con decisiones que son fruto de la responsabilidad moral* (BENEDICTO XVI, 2009, n. 70).

Decían los clásicos desde Aristóteles que “el obrar sigue al ser”. Tantas veces, el hombre moderno y postmoderno se centra en su hacer y olvida la finalidad, el sentido de sus acciones. Eso explica que cualquier medio técnico presente una doble faz: puede usarse para beneficio de la humanidad, o para su destrucción.

El problema de las sociedades contemporáneas es el olvido de los valores morales y espirituales, que son fuente de sentido ante la pregunta sobre la huella de la propia vida en el futuro, o sobre la forma de vivirla que conduce a la felicidad. La historia contemporánea muestra numerosos ejemplos de que una ejecución técnica poco menos que perfecta puede ser absolutamente inmoral, por el daño que inflige a otras personas o a la sociedad: más allá del caso paradigmático del Holocausto, se puede pensar en las diferentes formas de evadir la justicia en campos como la trata de personas, o en la ejecución aséptica de acciones para poner fin a la vida humana, como en el caso del aborto o la eutanasia. En este sentido, la técnica y sus medios no son el problema, sino los usos que hacemos de ella, los fines para los que la utilizamos, porque pueden servir al propio egoísmo o a la construcción de relaciones enriquecedoras, por auténticas. Si deseamos un mundo más humano, desde una perspectiva de

desarrollo integral (de las personas en todas sus dimensiones), la propuesta de Ratzinger es que miremos de nuevo a esos valores. Y son las religiones quienes nos hablan de ellos.

4 La opción por el logos

Tras haber sintetizado los desafíos de nuestra época, cabe señalar que, en opinión de Ratzinger, no es mejor ni peor que las anteriores. Aunque bajo algunos aspectos es muy diferente, en lo esencial, el ser humano es el mismo, con las mismas inquietudes e incertidumbres de sus antepasados. Sigue aspirando a la infinitud y encontrándose limitado. Y, ya que la ciencia, la tecnología, el mercado o el mundo global no son capaces de aportar la respuesta, es necesario volverse a la búsqueda de Dios para encontrar el sentido:

Quando se pierde el sentido de la presencia y de la realidad de Dios, todo se “achata” y se reduce a una sola dimensión. Todo queda “aplastado” en el plano material. Cuando cada cosa se considera solamente por su utilidad, ya no se capta la esencia de lo que nos rodea y, sobre todo, de las personas con quienes nos encontramos. Si se pierde el misterio de Dios, desaparece también el misterio de todo lo que existe: las cosas y las personas me interesan en la medida en que satisfacen mis necesidades, no por sí mismas. Todo esto constituye un hecho cultural, que se respira desde el nacimiento y produce efectos interiores permanentes. En este sentido, la fe, antes de ser una creencia religiosa, es un modo de ver la realidad, un modo de pensar, una sensibilidad interior que enriquece al ser humano como tal (BENEDICTO XVI, 2008b).

Atendiendo a la historia de las religiones, Ratzinger observa que el cristianismo también nació en una época de crisis de sentido, que se reflejaba principalmente en la decadencia moral de la sociedad greco-romana. Las propuestas de solución se movían entre los extremos de una religión social, o de una explicación mitológica ajena a la concreción de la historia. Una peculiaridad destacada de la religión cristiana ha sido, desde el principio, su opción por el sentido, por el Logos, por la concreción en la historia de elementos que se pueden justificar racionalmente, aunque su significado pide a la razón que se abra a dimensiones nuevas. Ese sentido no es fabricación ni hallazgo humano, sino una propuesta salvífica que se entrega como don y que se fundamenta en hechos verificables, aunque trascendentes: las coordenadas de la historia de Jesucristo y sus acciones son accesibles a través de la historia, aunque sus hechos y palabras remiten a la presencia de una instancia trascendente. Esa concreción y racionalidad de la fe para los hombres de todos los tiempos, también el nuestro, ha llamado la atención de Ratzinger desde sus primeros

escritos, por ejemplo a través de la cita de 1 Pe 3, 15: “Estad siempre dispuestos a dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pida”.

Al ser humano, incompleto e inquieto, la fe aporta sentido, porque le presenta la verdad. Esta es, en síntesis, la propuesta de Ratzinger. La afirmación tiene una resonancia negativa para una cultura postmoderna en la que se ha hecho corriente hablar de “postverdad” porque se considera que esta categoría es intolerante y superflua. No obstante, también es creciente la preocupación por las consecuencias de la falta de verdad en los ámbitos político y social (PEARSON, 2017).

En atención a la sensibilidad de la postverdad, el Papa emérito comparte las críticas de quienes señalan que la verdad pueda ser un objeto de posesión, y que el supuesto “poseedor” sea capaz de creerse superior y, en consecuencia, autorizado a imponerla por cualquier medio, incluso coercitivo. La síntesis de su pensamiento al respecto se encuentra en unas palabras pronunciadas en un encuentro con sus antiguos alumnos:

Efectivamente, nadie puede tener la verdad. Es la verdad la que nos posee, es algo vivo. Nosotros no la poseemos, sino que somos aferrados por ella. Sólo permanecemos en ella si nos dejamos guiar y mover por ella; sólo está en nosotros y para nosotros; si somos, con ella y en ella, peregrinos de la verdad (BENEDICTO XVI, 2012).

Con la idea de ser poseídos por la verdad, el Papa emérito no se refiere a que esta subyugue o anule las capacidades de la persona para suplantarla (al modo en que se entienden los fenómenos paranormales de posesión). La noción de vida, que aparece en sus palabras, es indicativa del significado que da al término: la verdad es una realidad que se encuentra, que guía a los seres inteligentes y libres sin imposición externa, porque estos la buscan y desean adherirse a ella. De este modo, puede decirse que nos posee y nos aferra de la misma manera que la persona amada se hace dueña de quien la ama: porque llena su existencia, de modo que en cada aspecto de esa vida está incluido el otro.

El trasfondo de esta observación es muy antiguo en el pensamiento de Joseph Ratzinger, desde su *Introducción al cristianismo*, publicada por vez primera en 1969: allí explicaba que la verdad en su acepción más plena es complementaria a los conocimientos propios de la ciencia y de la tecnología, porque se refiere a esos aspectos que con inalcanzables para los fenómenos. La verdad es el sentido que da respuesta a los grandes interrogantes del espíritu humano. Es más que una cuestión epistemológica, y enlaza con el misterio y con la fe:

Solo la verdad es el fundamento adecuado de la permanencia del hombre. Por eso, el acto de fe cristiana incluye esencialmente la convicción de que el fundamento que da sentido, el “logos”, en el que nos mantenemos,

en cuanto sentido es también verdad. [...] En la inseparabilidad de inteligencia, fundamento y verdad, y en cómo estas palabras expresan inimitablemente la fe, se muestra la red de coordenadas en las que la fe cristiana considera al mundo y se sitúa ante él.

[...] La forma con que el hombre entra en contacto con la verdad del ser no es la forma del *saber*, sino la del *comprender*: comprender el sentido al que uno se ha entregado. Y podemos añadir que solo en la permanencia es posible la comprensión, no fuera de ella. Una cosa no sucede sin la otra, ya que comprender significa asir y entender el sentido que se ha recibido como *fundamento*, como *sentido*. Creo que este es el significado exacto de lo que llamamos comprender: captar el fundamento sobre el que nos mantenemos como sentido y como verdad; reconocer que el *fundamento* significa *sentido* (RATZINGER 2001, 64-65).

La condición para encontrar la respuesta buscada al sentido de la propia existencia es que la persona abandone la autosuficiencia y acepte la posibilidad de la trascendencia. Quien se encierra en sus propias certidumbres, en efecto, al renunciar a la búsqueda, se imposibilita a sí mismo el descubrimiento. Al igual que en el nivel individual, también sucede a nivel social. También las sociedades pueden convertirse en realidades cerradas, al modo de un bunker, que necesita abrir las ventanas, esto es, dejar espacio a las verdades religiosas, para encontrar las respuestas más profundas a las exigencias de la vida humana (BENEDICTO XVI, 2011a).

El término griego *logos*, con el que el cristianismo ha expresado su identidad desde la primera hora, reúne en sí el significado de dos palabras modernas: es conocimiento de la persona, y es palabra que comunica ese conocimiento. Por eso, el significado del *logos* es amplio y remite a Dios: es el conocimiento de sí mismo y del mundo que Dios tiene, completo y detallado. Es también la comunicación al mundo de ese conocimiento, como un don. Por eso es eminentemente activo y es fundamento de la existencia, a la vez que explicación de su inteligibilidad. Pero añade al simple conocimiento, que se puede descubrir de forma individual, la dimensión comunicativa, a la que es esencial la presencia de dos interlocutores.

La diferencia que en el texto se presenta entre “saber” y “comprender” puede reconducirse a la distinción entre razón y fe. “Saber” se refiere al conocimiento del que es capaz la razón humana dejada a sí misma: remite al fenómeno, por la propia estructura de nuestra forma humana de conocer. En cambio, “comprender” es buscar la inteligibilidad interna a lo que se recibe como fundamento de la propia existencia, y la capacidad de obtener de esos contenidos un sentido para las circunstancias vitales. La interpretación del ser humano que se desprende de este complejo texto es que el ser humano necesita saber, descubrir por sí mismo, pero también necesita comprender,

que viene a ser confiar en la palabra de quien revela el sentido y tratar de interpretarlo. Es decir, el ser humano necesita apoyar su existencia en una clave de interpretación del mundo que él no puede darse a sí mismo, sino que tiene que estar dispuesto a recibir como don.

Para el hombre contemporáneo, acostumbrado a las grandes conquistas de la libertad de elección, la libertad de acogida pasa fácilmente desapercibida, pero eso no la hace menos necesaria. Según Ratzinger, precisamente ese es el papel de la fe en la existencia humana, como ilustra también otro pasaje, acerca de la definición de fe:

El hombre no solo vive del pan de lo factible; antes bien, como *hombre*, y en lo más propio de su ser humano, vive de la palabra, del amor, del sentido. El sentido es el pan de que se alimenta el hombre en lo más íntimo de su ser. Huérfano de palabra, de sentido y de amor, cae en el “ya no vale la pena vivir”, aunque viva en medio de un confort extraordinario. [...] Pero el sentido no viene del saber. Quererlo conseguir a base del saber demostrable de la factibilidad, sería tan absurdo como la pretensión del barón de Münchhausen, que quería salir del estanque tirándose de los pelos. Creo que lo absurdo de esta historia pone claramente de manifiesto cuál es la situación del hombre de hoy. Del estanque de la inseguridad, del no-poder-más, no se sale espontáneamente, ni nos sacamos nosotros mismos con una cadena de conclusiones lógicas [...]. El sentido que se ha hecho a sí mismo no es al final sentido. El sentido, es decir, el suelo en que nuestra existencia puede permanecer y vivir, no se puede construir, solo se puede recibir (RATZINGER, 2001, p. 61-62).

De los textos presentados se desprende que, para Ratzinger, el concepto de verdad es muy amplio, y que por eso abarca en su conjunto la dimensión discursiva y la trascendencia a la fe. Sobre todo, desemboca una y otra vez en el amor, como contenido fundamental de la felicidad humana, y como aspiración más básica y común para todos: en todos los tiempos, razas y culturas. De este modo, la propuesta de un sentido que sea a la vez verdad y amor es también adecuada a la realidad de nuestro mundo multicultural. Pero el amor exige alteridad. Aunque sea posible y necesario amarse a uno mismo, lo cierto es que la realización plena del amor se produce cuando hay reciprocidad entre dos personas que se aman y que así se “completan” mutuamente. Por eso, en la oferta cristiana, el sentido de la vida del hombre se produce en un encuentro personal.

5 Sentido y encuentro personal

Es en este punto de búsqueda de sentido en una realidad externa, superior y capaz de saciar el deseo de amor, donde interviene la Revelación

cristiana, presentando a Jesús de Nazaret como uno de nosotros, encarnado para traernos el sentido que viene de Dios:

La verdad revelada, en la “plenitud de los tiempos” (*Ga* 4, 4), tomó el rostro de una persona, Jesús de Nazaret, que trae la respuesta última y definitiva a la pregunta de sentido de todo hombre. La verdad de Cristo, en cuanto toca a cada persona que busca la alegría, la felicidad y el sentido, supera ampliamente cualquier otra verdad que la razón pueda encontrar.

[...] La pasión por la verdad nos impulsa a volver a entrar en nosotros mismos para captar en el interior del hombre el sentido profundo de nuestra vida. Una filosofía verdadera conducirá de la mano a cada persona para hacerle descubrir cuán fundamental es para su propia dignidad conocer la verdad de la Revelación. Ante esta exigencia de sentido que no da tregua hasta que no desemboca en Jesucristo, la Palabra de Dios revela su carácter de respuesta definitiva. Una Palabra de revelación que se convierte en vida y que pide ser acogida como fuente inagotable de verdad (RATZINGER, 2008c).

La exigencia de sentido innata al ser humano conduce naturalmente al encuentro con Jesucristo, porque es una persona viviente, igual a nosotros en su condición humana. En este punto, la búsqueda filosófica confluye con la exigencia más personal de un amor que sacie las aspiraciones, que es la promesa de Jesucristo. Como consecuencia de esta confluencia, se explica que el cristianismo haya rechazado siempre ser contado entre las llamadas “religiones del libro” porque, aunque la Biblia recoge su contenido, principalmente es la religión de alguien que se presenta como Camino, Verdad y Vida. En otras palabras, no es biblismo, sino seguimiento de una persona real y concreta, que hace una ofrenda de amistad, y que espera la acogida libre de la persona humana.

Para eso es necesario el conocimiento, porque de otro modo la elección no es plenamente consciente, ni libre. Pero se descubre también que el conocimiento de una doctrina no agota el contenido del cristianismo. Se comprende que, históricamente, haya rechazado como sectarias, ajenas y extrañas, aquellas interpretaciones del sentido en clave exclusivamente intelectual, en las diversas variantes históricas del gnosticismo. Se explica también que, entre los modelos de vida que la Iglesia propone a sus creyentes, junto a grandes intelectuales como Agustín, Tomás de Aquino, o John Henry Newman, se encuentren personas comunes y humildes, como Juan Bautista Vianney o los pastorcillos de Fátima. La fe da sentido, pero principalmente en el plano vital. La insistencia de Benedicto XVI, como resultado de largos años de meditación del mensaje cristiano, y esfuerzo para exponerlo de forma

inteligible al mundo contemporáneo, es que la clave del sentido de la vida se encuentra en el amor:

No es la ciencia la que redime al hombre. El hombre es redimido por el amor. Eso es válido incluso en el ámbito puramente intramundano. Cuando uno experimenta un gran amor en su vida, se trata de un momento de “redención” que da un nuevo sentido a su existencia. Pero muy pronto se da cuenta también de que el amor que se le ha dado, por sí solo, no soluciona el problema de su vida. Es un amor frágil. Puede ser destruido por la muerte. El ser humano necesita un amor incondicionado. Necesita esa certeza que le hace decir: “Ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Rm 8,38-39). Si existe este amor absoluto con su certeza absoluta, entonces – sólo entonces – el hombre es “redimido”, suceda lo que suceda en su caso particular. Esto es lo que se ha de entender cuando decimos que Jesucristo nos ha “redimido”. Por medio de Él estamos seguros de Dios, de un Dios que no es una lejana “causa primera” del mundo, porque su Hijo unigénito se ha hecho hombre y cada uno puede decir de Él: “Vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí” (Ga 2,20) (BENEDICTO XVI, 2007, n. 26).

El reclamo de Benedicto XVI, dirigido a la humanidad contemporánea, se puede interpretar a dos niveles. En ambos, presupone que en cada persona humana late el deseo de un amor ilimitado e incondicionado. En el primer nivel, definido como intramundano, el ser humano se ve “redimido” por el amor al otro. Este puede tener muchas formas, pero sus vínculos más fuertes son la amistad, el amor matrimonial y el paterno-filial. Ese amor rescata de la condición de soledad en la que sume, tantas veces, el individualismo: la persona humana se realiza en el amor y en la expresión privilegiada de este, que es el don de sí, de la propia riqueza interior, como expansión de esta y de forma totalmente desinteresada. Por otro lado, la lógica del amor humano incluye dejar espacio a la donación del otro, lo que comporta también recibir.

Por muy maltratado que se encuentre el amor en nuestras sociedades, pertenece a su esencia una necesidad ilimitada de expansión (en temporalidad y en intensidad), que explica la existencia de un segundo nivel. Basta considerar que, a pesar de la fuerte crisis de divorcios, y el desencanto en que nos ha sumido la dificultad contemporánea para la vida familiar, sigue siendo habitual que, cuando una pareja se casa o compromete, desee una relación máximamente estable, o para siempre. El deseo es un amor perfecto, sin condiciones ni límites. Pero estas características exceden la capacidad humana:

incluso en las parejas más estables hay diferencias, discusiones y crisis. De ahí que la incondicionalidad de un amor con esas características solo pueda ofrecerla un ser trascendente, capaz de toda perfección y del amor en su pura gratuidad. Su existencia, señala Benedicto XVI, podría ser una ilusión, como han señalado muchas veces los seguidores de Feuerbach, o una proyección de nuestras aspiraciones. Frente a ellas, el Papa llamaba en este texto al realismo de la historia, en la que Dios se acerca al hombre hasta darse del todo, que es dar la vida, por él y con él.

La fe es, pues, encontrar un tú que me sostiene y que, en medio de todas las carencias y de la última y definitiva carencia que comporta el encuentro humano, regala la promesa de un amor indestructible que, además de ansiar la eternidad, la otorga. La fe cristiana vive de que no existe el puro entendimiento, sino el entendimiento que me conoce y me ama; de que puedo confiarme a él con la seguridad de un niño que en el tú de su madre ve resueltos todos sus problemas. Por eso la fe, la confianza y el amor son, a fin de cuentas, una sola cosa, y todos los contenidos en torno a los cuales gira la fe no son sino aspectos concretos del cambio radical, del “yo creo en ti”, del descubrimiento de Dios en el rostro del hombre Jesús de Nazaret (RATZINGER, 2001, p. 67).

Este pasaje supone una auténtica declaración de humanismo. Quienes quisieron proclamar la muerte de Dios, estaban movidos por una pretensión de liberar todo el espacio al desarrollo de la persona humana, de su libertad y su progreso. Pero con ello no lograron poner fin a las desgracias, pues siguen presentes las guerras, la violencia en todas sus formas, la inmoralidad, el desprecio de unos a otros y el desencanto existencial. Frente a esa proclama, la presentación de Jesús de Nazaret como hombre concreto, con una historia de amor concreto, pone de manifiesto la diferencia entre el Dios de los cristianos y el de Spinoza o los Deístas ilustrados: no se desentiende de las leyes, ni sigue de lejos las vicisitudes de una humanidad abandonada a su destino, sino que se entrega libre y voluntariamente por la humanidad. Lo hace, primero, al superar la barrera de la trascendencia para hacerse uno de los hombres; después, al conducir una existencia guiada por el principio del servicio a la humanidad (“ser para los hombres”); finalmente, con la demostración de un amor ilimitado cuando alcanza hasta el límite humanamente posible de la donación, que es el don de la vida.

En otros términos, la respuesta a la pregunta por el sentido solo puede hallarse en una clave totalmente personal. Por eso, el texto del joven teólogo bávaro no se limita a mostrar el amor de Jesucristo por la humanidad en términos generales, sino que desciende al lenguaje concreto de la primera persona. Esto supone, de nuevo, una declaración de humanismo, porque

significa que cada uno puede afirmar que es amado de modo incondicional por su Creador, y que este es el sentido de su persona individualmente y del mundo en su conjunto. Por eso, afirma Ratzinger que la fe no es completa cuando se queda en el descubrimiento de un principio abstracto del universo, sino solo cuando descubre el amor que late en ese mismo principio, cuando encuentra el carácter entrañable, materno, de su ofrenda de amor incondicionada y, por último, cuando decide responder a esa ofrenda con una actitud confiada.

Algunos de nuestros contemporáneos leen en esta interpretación cristiana del sentido una exaltación de la violencia y la muerte, porque deducen que hay un deseo de muerte en el culto cristiano a la cruz. No obstante, lejos de toda actitud masoquista, el cristiano no celebra en sí misma la violencia a la que fue sometido Jesús de Nazaret. Admira, en cambio, la actitud de Jesucristo, que acepta ese destino porque no quiere imponerse a la voluntad de los hombres, y porque, con su descenso a la muerte, no solo comparte el destino de cada ser humano, al que ama, sino que también sale de él para mostrar y ofrecerle la eternidad de la que Él es testigo. Desde este punto de vista, la fe cristiana nunca ha sido principalmente fe en un Cristo vencido, sino principalmente confianza en un Resucitado vencedor, al que contempla como destino último.

Dios es amor, recordaba Benedicto XVI al mundo en su primera encíclica (BENEDICTO XVI, 2005a). Ese amor es incondicional e inamovible, capaz de colmar las más nobles aspiraciones humanas, y por eso es esperanza que nos salva, título de su segunda encíclica (BENEDICTO XVI, 2007). Ambos títulos sintetizan el mensaje que, desde que era un joven teólogo, Ratzinger ha querido transmitir al mundo. La propuesta, desde siempre presente en la esencia del cristianismo, sigue siendo coherente para el hombre postmoderno, también por su sensibilidad poco dada a la abstracción y más afín a la realidad concreta. El amor de Dios al ser humano, concreto, realza y da respuesta a esta necesidad.

Llegados a este punto, podemos observar que a la esperanza cristiana se ha presentado, desde Marx, una objeción que el teólogo Ratzinger conocía bien por sus trabajos sobre escatología. Esta decía que los cristianos, a base de pensar en la vida eterna, ignoran los sufrimientos del tiempo presente, y se desentienden del mundo y las exigencias de la justicia social. Son las acusaciones que se resumen bajo la imagen de la religión como “opio del pueblo”. A ellas dan respuesta dos reflexiones que realiza ya como Papa, recogiendo un pensamiento mucho anterior en el tiempo. Frente a la exigencia de justicia y cuidado del mundo, Benedicto XVI sostiene que la respuesta se encuentra en la convicción cristiana de que la historia tendrá un final en el que Dios presidirá todas las cosas y revelará la conexión de todos los acontecimientos:

El triunfo de la justicia, esta unión de tantos fragmentos de historia que parecen carecer de sentido, integrándose en un todo en el que

dominen la verdad y el amor, es lo que se entiende con el concepto de Juicio del mundo. La fe no quiere infundirnos miedo; pero quiere llamarnos a la responsabilidad. No debemos desperdiciar nuestra vida, ni abusar de ella; tampoco debemos conservarla solo para nosotros mismos. Ante la injusticia no debemos permanecer indiferentes, siendo conniventes o incluso cómplices. Debemos percibir nuestra misión en la historia y tratar de corresponder a ella. No se trata de miedo, sino de responsabilidad; se necesita responsabilidad y preocupación por nuestra salvación y por la salvación de todo el mundo. Cada uno debe contribuir a esto (BENEDICTO XVI, 2006a).

Esta comprensión de la historia, y del conocimiento que el ser humano tiene de ella, enlaza bien con la ofrenda de un sentido que se acoge en un contexto de confianza. La vida del ser humano, necesariamente fragmentaria, por limitada a coordenadas espacio-temporales, no es capaz de ver la totalidad. Su situación es comparable a la de quien tiene la mirada demasiado cerca de un lienzo: podrá captar algunas manchas, luces y sombras, pero no la totalidad del cuadro. Cuando se distancie, que será el fin de la historia y la aceptación de que el mundo-cuadro tiene un creador, comprenderá el porqué de la presencia de algunos elementos, captará la unidad. Lo que sí sabe en el tiempo presente que ocupa su fragmento es que algún día deberá responder ante el Creador, por lo que no tiene derecho a desentenderse del mundo ni de su dolor. Ser para Cristo es inseparable de ser para los demás, dirá también Benedicto XVI en su segunda encíclica (BENEDICTO XVI, 2007, n. 28). La esencia de Jesucristo, hecho hombre por amor a los hombres, es un continuo don a quienes le rodean. Por eso los cristianos, por su fe en la vida eterna, tienen una mayor responsabilidad en la construcción de un mundo justo. Las obras sociales y educativas emprendidas por los seguidores de Cristo a lo largo de la historia son testimonio de ello.

En cuanto a la objeción marxista, el cristiano tiene presente siempre que Cristo murió para resucitar, por lo que sus discípulos no pueden maltratar el cuerpo para seguirlo (es el motivo de la condena a sectas rigoristas en la historia de la Iglesia), ni pueden dejar de tratar de aliviar el dolor ajeno. En este sentido, el Papa emérito siempre ha alabado a los profesionales que diseñan e implementan medios técnicos y humanos en el alivio del dolor de los enfermos o en la mejora de su calidad de vida. Simplemente, en la condición actual de la humanidad, no es posible suprimir el dolor totalmente de la existencia.

Jesucristo nunca ha prometido a sus discípulos una vida de comodidades sino, por el contrario, que no les faltarán dificultades. A este propósito, Benedicto XVI responde con una advertencia, la de que para evitar el dolor es necesario evitar el amor, y eso hunde en la frustración; y con una recomendación, la de aceptar la situación humana como es, en lo que no esté a

nuestro alcance mejorar, y buscar el sentido en Cristo sufriente, para ofrecernos su amor en esas circunstancias:

Podemos tratar de limitar el sufrimiento, luchar contra él, pero no podemos suprimirlo. Precisamente cuando los hombres, intentando evitar toda dolencia, tratan de alejarse de todo lo que podría significar aflicción, cuando quieren ahorrarse la fatiga y el dolor de la verdad, del amor y del bien, caen en una vida vacía en la que quizás ya no existe el dolor, pero en la que la oscura sensación de la falta de sentido y de la soledad es mucho mayor aún. Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito (BENEDICTO XVI, 2007, n. 37).

Las dificultades que ha de afrontar un cristiano a lo largo de su vida son las mismas que tienen sus coetáneos: la culpa, la injusticia, la enfermedad y la muerte. Si acaso hay algún dolor específico, es posible que tengan que hacer frente a alguna forma de discriminación religiosa, que los tratados internacionales reprueban pero que sigue presente en nuestro mundo. De ordinario, en todo caso, la diferencia no estriba en el factor objetivo que desencadena el sufrimiento, sino en el añadido subjetivo que tiene, para el no creyente, el no encontrar un sentido o una salida, y que no existe en el cristiano. Por eso se afirmaba, al principio de estas reflexiones, que los creyentes sobrellevan mejor los dolores y frustraciones de la vida porque han encontrado un fundamento, un sentido, que les sostiene en medio de ellos.

Ignoramos si la razón postmoderna, cerrada a sus hallazgos científicos, será capaz de superar la barrera y confiar en un sentido que le viene ofrecido como don. Es imposible saber si la mentalidad hedonista actual, incapaz de asumir cualquier forma de dolor, podrá superar la barrera de una existencia convertida en amor, que es ponerse en situación de necesidad del otro, y de servicio, que es donación a los demás. La experiencia sí nos dice que un mundo sin ellas y sin Dios, que las propone, no es más feliz ni más seguro, porque no encuentra el sentido último al que aspira. Por este motivo, la propuesta de Ratzinger para el mundo contemporáneo y quienes sufren sus consecuencias es redescubrir el sentido genuino de la propuesta religiosa en general, y de la cristiana en particular, con una actitud abierta. Esto empieza por una llamada a los propios creyentes a salir de la superficialidad, tan difusa en muchos ambientes. A continuación, prosigue con la invitación, a los no creyentes, de perseverar en la búsqueda de sentido, haciendo propia la apuesta de Pascal: ante la duda, vale la pena apostar por vivir como si Dios existiera, porque con ello se puede ganar todo:

Llevar al extremo nuestro intento de comprender al hombre prescindiendo totalmente de Dios nos conduce cada vez más al borde del abismo, o sea a prescindir completamente del hombre. En ese caso tendremos que dar la vuelta al axioma de los iluministas y afirmar que aun el que no logra encontrar el camino de la libre aceptación de Dios debería tratar de vivir y organizar su vida *veluti si Deus daretur*, como si Dios existiera. Este es el consejo que daba Pascal a sus amigos no creyentes, y ese es el consejo que también nosotros querríamos ofrecer a nuestros amigos no creyentes. De ese modo, nadie se verá limitado en el ejercicio de su libertad, pero todas las cosas encontrarán la razón y el criterio que con tanta urgencia necesitan (RATZINGER 2005, p. 47).

A modo de conclusión

En los textos de Ratzinger, a lo largo de las décadas, se ponen de manifiesto, repetidas veces, las dolorosas consecuencias de una cultura vacía de sentido, porque ha renunciado a la presencia de la religión. En su análisis de problemáticas como la drogadicción, el rechazo a la vida o la imposición del poder del más fuerte, atiende a las consideraciones y a las objeciones que se han hecho a la presentación de la religión en la modernidad. Las respuestas que aporta tienen matices personalistas y, en algunos aspectos, existencialistas, porque parten de la exigencia de plenitud presente en cada ser humano. Por ello, defiende que la única respuesta a esas inquietudes es la presentación de la verdad sobre Dios, pero evita la reducción de tal verdad a su dimensión teórica-especulativa y la presenta como verdad vital, que es al mismo tiempo una propuesta de amor y de amistad, y una respuesta confiada que saca al ser humano de la soledad de la autosuficiencia. Es, por ello, una propuesta válida para el mundo actual.

Referencias

CONCILIO VATICANOII. Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual. *Acta Apostolicae Sedis*, v. 58, p. 1044-1045, 1966.

BENEDICTO XVI. Carta encíclica *Deus caritas est*, sobre la caridad cristiana, 25 de diciembre de 2005a. *Acta Apostolicae Sedis*, v. 98, n. 3, p. 217-252, 2006.

_____. Homilía con ocasión de la XX Jornada Mundial de la Juventud, Colonia, 21 agosto 2005. *Acta Apostolicae Sedis*, v. 97, n. 9, p. 887-892, 2005b.

_____. Homilía en la explanada del Islinger Feld, Ratisbona, 12 septiembre 2006. *Acta Apostolicae Sedis*, v. 98, n. 10, p. 723-728, 2006a.

_____. Discurso a asamblea plenaria de la Pontificia Academia de las ciencias, 6 noviembre 2006. *Acta Apostolicae Sedis*, v. 98, n. 12, p. 889-892, 2006b.

_____. Carta encíclica *Spe Salvi* sobre la esperanza cristiana. *Acta Apostolicae Sedis*, v. 99, n. 12, p. 987-1027, 2007.

BENEDICTO XVI, Discurso a asamblea plenaria del Pontificio Consejo de la cultura, 8 marzo 2008. *Acta Apostolicae Sedis*, v. 100, n. 4, p. 245-248, 2008a.

_____. *Discurso a los jóvenes en la plaza Yenne*, Cagliari, 7 septiembre 2008b. Disponible en https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2008/september/documents/hf_ben-xvi_spe_20080907_cagliari-giovani.html. Acceso el 29 de octubre de 2020.

_____. Discurso ante el congreso internacional organizado por la Pontificia Universidad Lateranense en el X aniversario de la encíclica *Fides et Ratio*, 16 octubre 2008. *Acta Apostolicae Sedis*, v. 100, n. 11, p. 787-790, 2008c.

_____. Carta encíclica *Caritas in veritate*, sobre el desarrollo humano integral en la caridad y en la verdad. *Acta Apostolicae Sedis*, v. 101, n. 8, p. 641-709, 2009.

_____. Discurso en el Parlamento Federal alemán, Berlín 22 de septiembre de 2011. *Acta Apostolicae Sedis*, v. 103, n. 10, p. 663-669, 2011a.

_____. *Discurso a la comunidad de la Universidad Católica del Sagrado Corazón*, 21 mayo 2011b. Disponible en http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2011/may/documents/hf_ben-xvi_spe_20110521_sacro-cuore.html. Acceso el 29 de octubre de 2020.

_____. *Homilía durante la Misa con sus exalumnos (Ratzinger Schulerkreis)*, Castelgandolfo, 2 de septiembre de 2012. Disponible en https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/homilies/2012/documents/hf_ben-xvi_hom_20120902_ratzinger-schuelerkreis.html. Acceso el 29 de octubre de 2020.

BLANCO SARTO, Pablo. *La teología de Joseph Ratzinger. Una introducción*. Madrid: Palabra, 2011.

BUBER, Martin. *Qué es el hombre*. México: Fondo de Cultura Económica, 1967.

GUARDINI, Romano. *Mundo y persona*. Madrid: Encuentro, 2014.

_____. *Quien sabe de Dios conoce al hombre*. Madrid: PPC, 1995.

HEIDEGGER, Martin. *Serenidad*. Barcelona: El Serbal, 2001.

PASCAL, Blaise. *Pensamientos*. Disponible en <http://www.cervantesvirtual.com/>

obra-visor/pensamientos--1/html/ff08eee4-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html. Acceso el 29 de octubre de 2020 [1670].

PEARSON, Mark. Teaching Media Law in a Post-truth Context: Strategies for Enhancing Learning about the Legal Risks of Fake News and Alternative Facts. *Asia Pacific Media Educator* vol. 27, n. 1, p. 17–26, 2017.

RATZINGER, Joseph. *Palabra en la Iglesia*. Salamanca: Sígueme, 1976.

_____. *Una mirada a Europa*. Madrid: Rialp, 1992.

_____. *The Truth of Christianity. A Lecture Given on November 27, 1999, at the University of Sorbonne*. Disponible en: <http://inters.org/Ratzinger-Truth-Christianity>. Acceso el 29 de octubre de 2020.

_____. *Introducción al cristianismo*. Salamanca: Sígueme, 2001.

_____. *El cristiano en la crisis de Europa*. Madrid: Encuentro, 2005.

Artigo recebido em 01/11/2020 e aprovado para publicação em 17/11/2020

ISSN online 2763-6992

ISSN impresso 1677-7883

DOI: <http://dx.doi.org/10.31607/coletanea-v20i39-2021-5>

Como citar:

ÁLVAREZ, Elena. El encuentro como respuesta a la crisis de sentido. La propuesta de Joseph Ratzinger. *Coletânea: Revista de Filosofia e Teologia da Faculdade de São Bento do Rio de Janeiro*, Rio de Janeiro, v. 20, n. 39, p. 97-118, jan./jun. 2021. Disponível em: www.revistacoletanea.com.br